

leccionando unas estructuras que comunican ‘exactamente’ lo que quiere decir y no otra cosa. Por tanto, cada frase que se pronuncia es única y nueva, y no está sujeta a las reglas de nuestros manuales, sino a una lógica lingüística que funciona como un reloj y que nos permite comunicarnos con precisión. ‘Ser’ y ‘estar’, imperfecto e indefinido, indicativo y subjuntivo no están ahí para frustrar y molestar a los habitantes del mundo ELE, sino que son rigurosas herramientas de comunicación que transmiten eficazmente una idea desde una determinada perspectiva representacional.

5.2. Gramática eres tú

La gramática no solo es una parte inseparable de la lengua como instrumento de comunicación, es una parte inseparable del habla cotidiana hasta un punto que no siempre reconocemos. Engañados por las voces que claman contra los atentados que el vulgo comete contra la gramática, a veces llegamos a considerar que la gramática reside en un libro sagrado y que la gente corriente habla con una gramática pecaminosa. Pero la gramática está en todas partes. Es el hilo que teje el tapiz de la lengua. Así lo demuestra la siguiente anécdota, sacada de un foro de Internet:

Esta interesantísima discusión sobre el uso del subjuntivo me ha recordado una vez en la que un alumno me preguntó si los gitanos usaban el subjuntivo. Ante mi asombro me explicó que había visto en la tele que entre los chavales gitanos había mucho absentismo escolar, así que pensó que no lo aprendían, y por lo tanto no lo usaban. Esa noche me fui de cañas con mi amigo Nico (gitano) y cuando le conté la anécdota, su respuesta, entre risas, fue: “¿Como PILLE al guiripayo ese que se VAYA preparando que le voy a dar yo subjuntivo pa’ que se ENTERE!”.

Evidentemente, en cada lengua hay hablantes nativos cultísimos, con estudios y posgrados. También hay hablantes analfabetos, otros con estudios de nivel medio, niños, ancianos y adolescentes, periodistas y panaderos, y cada uno habla como buenamente puede y entiende, con mayor o menor corrección según unos estándares sociales, pero una cosa está clara: ninguno de estos hablantes, por mal que hable, será jamás agramatical. Conviene matizar que con ‘agramatical’ no nos referimos al sentido normativo, por el cual decir *Me se ha caído el bolígrafo* contradice la combinatoria de pronombres que un determinado estándar del español recomienda. El concepto de agramaticalidad que discutimos aquí es el que hace imposible que un nativo construya frases como **Es imperativo que el gobierno reduce los impuestos* o **Salí en la calle a pasear*. En el primer caso, la exigencia de que un hecho X se produzca es incompatible, por lógica común, con la declaración de ese hecho. Cualquier hablante nativo entiende (de forma completamente inconsciente, pero efectiva) que esto es así y, por tanto, que utilizar el indicativo y declarar que el gobierno ‘reduce’ no es posible (no porque sea ‘incorrecto’, sino porque no tiene sentido). Para el segundo caso, todos los hablantes nativos entendemos ‘salir’ como un verbo de movimiento, por lo que la expresión de ese movimiento (codificado por la preposición) no puede hacerse estáticamente, como haríamos con ‘en’. Todos los hispanohablantes, entonces, usaremos preposiciones que en español representen movimiento para combinarlas con el verbo salir: ‘a/hacia/para/por...’.

Sería, por tanto, para el aprendiente un alivio saber que todos los nativos podemos ponernos de acuerdo en las normas más básicas. La gramática de una lengua tiene unos principios operacionales que todos los hablantes respetan inconscientemente sin tener en cuenta de dónde son, su nivel de estudios o su ocupación profesional.

El psicolingüista Steven Pinker comenta que el mejor amigo de un lingüista es él mismo, pues encuentra en sí mismo a la cobaya perfecta para estudiar, observar; a la vez que analizar. En realidad, ni siquiera es necesario ser lingüista o filólogo, cualquier profesor de lengua extranjera que esté interesado en su trabajo —sea hablante nativo o no— sabrá ver que su propio dominio del idioma es un cofre del tesoro listo para ser descubierto.

Hay 450 millones de hablantes nativos de español y, dejando de lado los usos locales o palabras aisladas, todos nos entendemos bien, porque compartimos unos fundamentos gramaticales: usamos ‘por’ y ‘para’ perfectamente, diferenciamos entre acciones que ‘ocurrían’ y acciones que ‘ocurrieron’, sabemos que *estar tonto* y *ser tonto* no significan lo mismo o decimos *necesito que me quieras* y no *necesito que me quieras*. Esto quiere decir que compartimos, si no un vocabulario totalmente común, sí una gramática exacta en la que poder confiar cuando hablamos los españoles con los chilenos y los hondureños con los venezolanos.

Los enfoques lingüísticos tradicionales unen los significados con estructuras lingüísticas de manera que se correspondan con una normativa sistemática establecida. Sin embargo, la realidad es que no existe un camino analítico tan directo, sino que esos significados se pueden expresar y construir de diferentes formas, las cuales en esencia transmiten la misma información, pero cuya selección particular implica la visión del hablante sobre lo expresado y no otra: cuando los hablantes de una lengua nos comunicamos, lo hacemos seleccionando —de entre todas las combinaciones infinitas de palabras que existen— una serie de formas lingüísticas que, en nuestra opinión, transmiten el significado que queremos que nuestro interlocutor entienda. Somos los hablantes quienes seleccionamos esas formas lingüísticas, quienes nos comunicamos, y lo hacemos por medio de la gramática. Si la lengua expresa nuestro pensamiento, la gramática es el vehículo por el cual nuestra comunicación tiene sentido.

La diferencia entre la gramática que somos y la que tenemos en nuestros manuales de profesor es que la nuestra está cargada de intención comunicativa y la del libro está diseada, encajada en una combinatoria de reglas y mutilada en pedacitos que representan casos concretos para cada ocurrencia de uso. No podemos pretender que nuestros alumnos aprendan a comunicarse eficazmente en nuestra lengua cuando a lo que tienen que enfrentarse es a una serie de problemas matemáticos y aparentemente aleatorios, que solo se solucionan memorizando y practicando mecánicamente.

Si queremos cautivar a nuestro alumno, animarlo a entender el mundo que rodea a nuestra lengua, quizá tendríamos que empezar por fascinarnos nosotros mismos. Cada uno de nosotros percibe el mundo a su alrededor (interactuamos con nuestro entorno), tiene una perspectiva frente a las cosas que ve (porque cada uno tiene una manera de ser) y socializa con su cultura (porque en ella nació y aprendió a contemplar el mundo). Cada ser humano es profundamente diferente de otro y, sin embargo, cuando compartimos una lengua, las personalidades, los caracteres, la educación... todo se disipa y nos entendemos unos a otros. Somos gramática, nos expresamos con ella y le transmitimos a nuestro vecino toda la fuerza de nuestra mentalidad con las palabras que elegimos.

Hacer a nuestro aprendiente partícipe de esta idea es dotarlo de una autonomía que no es típica del aula de lengua extranjera: él está a cargo de su comunicación y va a aprender una gramática que no solo le permitirá transmitir significados, sino *conceptualizar el mundo de la LE como lo hacen sus hablantes nativos*. Si logramos convencer al alumno de que el imperfecto y el indefinido, en lugar de ser dos formas asociadas a contextos diferentes, en realidad expresan diferentes modos de percibir el mismo hecho, le estaremos dando la opción de elegir cómo edificar su historia y qué transmitir con uno u otro. Si, además, le hacemos ver que esas mismas diferencias de perspectiva las hace él en su lengua por otros medios, entonces, el estudiante estará más en condiciones de notar que ese monstruo que llaman gramática le es más familiar de lo que pensaba.

Lo más importante de todo es que convencernos a nosotros mismos y a nuestros alumnos de que la gramática la tenemos todos dentro significa la posibilidad de liberarse o minimizar esos interminables listados de reglas que asignan formas a algunos significados y los mismos significados a otras formas distintas. Significa poder recomenzar el aprendizaje de la lengua extranjera con la confianza de que existe una lógica que gobierna el aparente caos de lo desconocido. Y, ante todo, significa tomar conciencia de que la gramática no es una simple parte de una lengua, sino el propio tejido de esa lengua, de que si comunicamos unas mentes con otras es gracias a la gramática.

Lo peor que puede pasar es que Jennifer se sorprenda un poco al darse cuenta de esto, como el gentilhomme de Molière al saber que hablaba en prosa.

5.3. La gramática no es digital, es analógica

La cultura de lo correcto o incorrecto en el aula puede hacernos pensar que los estímulos por los cuales tomamos decisiones gramaticales son procedimentalmente tan simples como un interruptor: o la cosa está *on*, o la cosa está *off*. Las tipologías más populares de ejercicios lo demuestran: *Completa con la forma correcta, decide si es correcto o incorrecto, elige la opción correcta*, etc. Pero la realidad supera también esta ficción. ¿Quién no ha sufrido lo indecible para diseñar un ejercicio de huecos en el que cupiera solo una posibilidad? ¿Cuánto hemos debido forzar la frase para conseguirlo y cuántas opciones igualmente ‘correctas’ hemos tachado para que no ‘estorben’? ¿Cuántas respuestas absurdas hemos tenido que añadir a un ejercicio de opción múltiple para que solo una opción sea realmente válida? A todas luces, estamos forzando la naturaleza de la lengua:

La aritmética demuestra que el número de oraciones de veinte palabras o menos (una extensión de lo más habitual) se aproxima a 10, es decir, un uno seguido por veinte ceros, o cien millones de billones o un centenar de veces el número de segundos transcurridos desde el inicio del universo.

(Pinker 2001, p. 124)

Esta abrumadora evidencia combinatoria puede empezar a explicarnos el origen de nuestras dificultades, y convencernos con ello de la conveniencia de pensar en algún otro tipo de ejercitación más acorde con la realidad de la expresión lingüística.

Pero esto solo es el principio. Queda por considerar el otro lado, es decir, el estudiante que es invitado a asumir los fenómenos gramaticales a través de esta lente artificial. ¿Cómo le ayuda saber que ha acertado en la forma correcta si, en realidad, existe el peligro cierto de que en ese hueco puedan encajar con éxito muchas otras formas igualmente correctas? ¿Cómo podrá ser consciente, en consecuencia, de las diferencias de significado entre todas esas opciones que ignora? ¿Cómo le ayuda saber que ha errado en la elección de la forma correcta si no sabe en qué sentido y medida exactas ha errado?

Si, aun después de todas estas consideraciones, seguimos pensando que los ejercicios y *drills* de tipo discreto son adecuados, no hay nada que objetar a las técnicas al uso. Si, por el contrario, creemos que las decisiones formales obedecen a condiciones mucho más difusas y que la presencia de una sola palabra más en una frase eleva exponencialmente las posibilidades combinatorias del resto, entonces quizá nos sintamos animados a probar una metodología del tratamiento de la gramática más parecida a un sintonizador de radio que a un interruptor de luz: la gramática real no es una cuestión de correcto o incorrecto, es una cuestión de *grado* y *dirección*. Claramente, los hablantes nativos en su entorno natural de uso de la lengua no deciden qué forma gramatical usar en cada momento entre un repertorio de opciones binarias que o son correctas, o son incorrectas, ni tampoco les mueve al elegir el cuidado de no incurrir en incorrecciones. Eligen, por el contrario, entre un repertorio de formas que representan múltiples grados de fuerza representacional y diversas direcciones de interpretación, y les mueve la preocupación por transmitir eficazmente su intención comunicativa. Si queremos que la gramática del aula se defina y se practique a semejanza de la gramática natural, es decir, en términos de comunicación, tendremos necesariamente que hacer una gramática naturalista desarrollando e implementando técnicas donde este tipo de opciones significativas e intencionales prevalezcan sobre la artificialidad de las valoraciones binarias en términos de corrección.

Desde la perspectiva de que la interpretación gramatical es una cuestión de grado, ya de entrada, el incómodo y artificial concepto de corrección (correcto *vs.* incorrecto) puede ser inmediatamente sustituido por la idea de *seguridad* en la representación formal (más o menos seguro en relación a la intención comunicativa). La consecuencia inmediata es que las muestras de lengua pueden ser así evaluadas en términos comunicativos: una formulación puede ser perfectamente adecuada a una intención determinada; puede ser válida para transmitir esa intención, aunque con cierta dificultad (*ruido*); puede ser no válida y no tener éxito comunicativo (*fracaso*), o puede ser perfectamente válida para transmitir un sentido que, sin embargo, no es el pretendido por el hablante (*equivoco*). Con un ejemplo, veamos las diferentes posibilidades de tratamiento que nos ofrecen ambas posturas a propósito de un ítem como este:

(Paula: *Dile que venga a la fiesta*)

Paula me dijo que _____ a la fiesta.

Evaluación discreta		Evaluación gradual
Correcto	<i>fueras, tenías que ir</i>	éxito (si no quiere actualizar la petición) (si quiere indicar que todavía es actual)
	<i>vayas, tienes que ir</i> ...	
Incorrecto	<i>tuvieras que ir</i> ...	ruido (incorrecto, pero se puede interpretar)
	<i>hayas ido</i> ...	
	<i>ibas</i> <i>vas</i> <i>irás</i> <i>irías</i> ...	equivoco (transmiten una declaración, en lugar de una petición)

O el tipo de ejercitación al que esta perspectiva de ‘grado’ permite someter al estudiante, substituyendo, en el siguiente ejemplo, la exposición a tres errores por cada forma correcta de un ejercicio tradicional, por una exposición a cuatro formulaciones correctas que solo se diferencian por su *dirección* (su significado y su sentido discursivo):

Interpreta el enunciado y marca la opción MENOS verosímil.

Carolina le dice a Emilio: Valdrá 15 000.

- a) Los dos están mirando un coche en un escaparate.
- b) Carolina es vendedora y le dice el precio de un coche a un cliente.
- c) Los dos están pensando en comprarse un coche.
- d) Están hablando del precio de su coche dentro de un año.

La lengua no es una televisión digital, que se ve estupendamente o no se ve en absoluto. La lengua es una televisión analógica que, entre verse estupendamente y no verse nada, se ve con rayas o borrosa o con el color alterado o con nieve. Quizá, pues, el enseñador de gramática no debería limitarse a entrenar al estudiante en apagar y encender los botones *on/off* del aparato. Quizá debería ayudarle más bien a orientar la antena en la mejor dirección posible.

6. Actividades de reflexión



Quando la gramática es formal (apartado 2)



Actividades 1, 2 y 3.



Quando la gramática es significativa (apartado 3)



Actividades 4 y 5.



Quando la gramática es didáctica (apartado 4)



Actividad 6.



Quando la gramática es real (apartado 5)



Actividad 7.